COLOR HISTORIETAS JORNADA COLOR PARA NIÑOS

Página 1 Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor No. 14 Octubre 31 de 1931









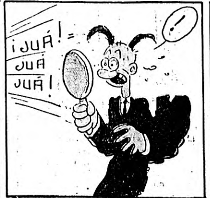












LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI por SEGAR

































Los Aviadores

Por R. Akulishin

Traducción del ruso pór R. L. DORFMAN



DEMETRIO y Basilio eran dos niños muy amigos.

Un día, en la aldea en que vivían, aterrizó un aeroplano cuyo piloto llevó a los dos chicos a dar un vuelo. Desde ese memorable paseo por las nubes los amiguitos tuvieron el deseo de ser aviadores y empezaron a juntar dinero para comprar un aeroplano. Cuando hubieron reunido entre los dos trece kopeks (*), Basilio preguntó a Demetrio:

—¿Cómo vamos a comprar el aeroplano: todo entero o por partes?

—Sería mejor entero. Pero también podemos comprar las partes por separado y luego armarlas.

—Bueno... Y con el dinero que tenemos podríamos comprar una parte del aeroplano?

—Creo que sí.

—¿Qué vamos a comprar primero, la cola, las alas o el molinete?

—La parte más importante del aeroplano es el molinete, y por éste hay que empezar — objetó Demetrio con tono serio.

—Caramba — exclamó Basilio —. Me he olvidado cómo se llama aquella parte del aparato; y sin saber el nombre, ¿cómo vamos a comprarla?

—Iremos al negocio y diremos que nos den un molinete.

—Zonzo. Hay toda clase de molinetes, como por ejemplo, los que se colocan en el techo para que los mueva el viento; pero éste no nos sirve para el aeroplano.

—Aguarda... me parece que se llama "Keli".

—No, no... ¡qué diablos! No puedo recordar el nombre.

—Mi hermano mayor dice que para acordarse de una cosa olvidada hay que dar una vuelta carnero.

Dicho y hecho. Los chicos se pusieron a dar vueltas en el suelo.

—Por poco me rompo el cuello — exclamó por fin Demetrio —. Pero, en cambio, me acordé de la palabra. Es "jémice".

—Suena algo parecido — replicó Basilio, sonriendo —, pero me parece que no es así.

—Es cierto — gritó su amigo, radiante de alegría —. Ahora me acordé de veras que se llama "hélice".

Los dos muchachos empezaron a revolcarse en el suelo, esta vez de alegría. Por fin, cansados los dos, se sentaron y, mirándose el uno al otro, estallaron en alegre carcajada.



—¡Ja, ja, ja!, estás sucio como un deshollinador — dijo Basilio al amigo.

Y tú también; ¡Ja, ja, ja! — replicóle Demetrio.

—Vamos a bañarnos.

—Convenido.

(x) Una moneda rusa equivalente a un centavo, poco más o menos. (Nota de la traductora).

HACIA EL RIO

Los chicos pasaron por la huerta, donde se les reunió el perro Yulik. Una vez en la calle, Basilio preguntó a su compañero:

—¿Por qué camino iremos al río?

—Por el que corre a lo largo del jardín de Anisia.

Al pasar por dicho sendero Demetrio llamó la atención de su amiguito sobre las manzanas que se asomaban por encima del cerco del jardín:

—Mira qué rojas son — le dijo.

—Bueno, ¿y con eso?

—Nada; lo dije así... Supongo que han de ser muy dulces.

—¿Por qué habrían de ser ácidas, pues.

—Es lo que digo. Seguramente son dulces como el azúcar...

Los chicos se detuvieron por un momento, observando el manzano. Al cabo de un rato Demetrio pronunció, pensativo:

—Vamos a tener un aeroplano en que vamos a volar...

—Es cierto...

—Los aviadores son muy agasajados... En todas partes se les convida con cosas ricas... y con manzanas.

—A nosotros también nos convidarán con manzanas — dijo Basilio.

—Pero, hasta entonces falta mucho aún — exclamó Demetrio —. Y ahora nadie nos las ofrecerá.

—¿Qué hacemos, pues?

—Conseguirlas nosotros mismos.

—¿Quién trepará al árbol? Sube tú, y yo quedaré a la guardia; al ver acercarse a alguien silbaré para avisarte.

Basilio se puso a escalar el cerco.

—No juntes muchas manzanas — díjole Demetrio —. No somos ningunos ladrones, pues. Unicamente tenemos curiosidad por saber si son dulces o agrias. Cuando séamos aviadores ya las pagaremos a la dueña.

Basilio se encaramó en el árbol. Al principio contaba las manzanas que iba guardando en los bolsillos, pero luego perdió la cuenta. Las ramas estaban cargadas de frutas rojas que fascinaban la vista del chico.

Rechinó la puerta del jardín, pero el muchacho no lo advirtió. Tampoco oyó el silbido de su amigo. Este por fin gritó:

—¡Sálvate!

Entonces Basilio saltó del árbol y... se dió de manos a boca con Anisia.

—Ah, pillo... Ah, ladrón. — exclamó ésta indignada.

—Disculpe — balbuceó Basilio —. Tomé pocas manzanas, como muestras, y sólo para saber si son dulces o agrias... Los aviadores tenemos que saberlo...

—Valiente muestra... sacaste como diez kilos — gritó la mujer, enfurecida —. Sácate la camisa.

—¿Para qué?

—Ahora te voy a enseñar el gusto de las manzanas.

SE MORIRAN

Con estas palabras Anisia envolvió la mano con la punta de su delantal, arrancó un puñado de cardos que crecían junto al cerco del jardín y se puso a castigar con la planta al chico, diciendo:

—¿Cómo te parece el gusto? ¿Es agrio? ¿Qué te parece el gusto? ¿Es dulce?

—Oh, tía Anisia — gritaba el pobre —. Tenga compasión de mí, que soy un pobre huérfano...

—Mentira: tienes padre y madre.

—Se van a morir pronto de pena por mí...

Entre tanto Demetrio, acurrucado del otro lado del cerco suplicaba a la mujer:

—Basta, por favor... Déjelo... Cuando séamos aviadores le pagaremos las manzanas.

Por fin Anisia dejó al niño, diciéndole:

—Véte de aquí. Pero me guardo tu camisa para que tu madre venga a buscarla y te castigue de su parte como lo mereces.

El pobre chico a duras penas pudo trepar el cerco: los brazos y la espalda se le llenaron de ampollas, que provenían de los golpes administrados con el cardo.

—Oh, qué dolor — lloriqueaba Basilio.

—Te voy a curar — díjole su amiguito.

—No podrás curarme... Oh, pobre de mí... Todo sucedió por culpa tuya.

—Bueno, no llores. Vamos a escondernos entre el trigo para que no te vea la gente sin camisa.

—Vamos — consintió el castigado.

Una vez en el campo, preguntó a Demetrio:

—¿Con qué quieres curarme?

—Con los huevos crudos. Es un santo remedio. Cuando mi hermana estaba ronca, le aconsejaron tomar huevos crudos. Han de ayudarte a ti también. Ahora los voy a buscar.

—Bueno. Tómalos en el gallinero de mi mamá. Tráeme también una camisa; sácala del baúl de mi casa. Pero, mira que no te vaya a pasar algo.

—Pierde cuidado, no me van a pescar. No soy como tú.

—En el gallinero hay muchos huevos; tráemelos. Aguarda. Lleva a Yulik. Atale la camisa al cuello y él me la va a traer; pues si llegan a verte con mi camisa, son capaces de creer que la habías robado.

Demetrio, seguido por el perro, se alejó, camino de la aldea. Basilio se acostó de bruces en el suelo, gimiendo de dolor.

Entretanto Demetrio se acercó sigilosamente a la casucha de su amigo y, hallando por casualidad la puerta abierta, penetró en el interior. Abrió con cuidado la tapa del baúl, sacó la camisa de Basilio y salió con precaución al patio. Llamó al perro y se lo llevó al corral, donde le puso al cuello la camisa de su amigo, diciendo:

SORPRENDIDO

—Corre ligero a donde está Basilio.

Yulik salió corriendo a campo traviesa. Demetrio se deslizó hasta el gallinero contiguo, buscó a tientas y encontró los huevos, los que se dispuso a guardar en su bolsillo. Pero, en aquel preciso momento, en el umbral de la puerta apareció la madre de Basilio.

—Con que eres tú, gran pillo, el que abrió mi baúl y ahora vienes a robarme los huevos — exclamó la mujer enfurecida. — Hace tiempo que estoy diciendo a Basilio que no lleve amistad contigo... Toma, ahí tienes lo merecido...

Con estas palabras dió a Demetrio un recio bofetón, agregando:

—Crees que me daré por satisfecha con eso? Pues, no, señor. Sácate el pantalón.

—¿Para qué?... ¿Cómo voy a salir entonces?

—¿Y a mí qué? Supiste robar, sabe andar por la aldea sin pantalón.

—No robé nada...

—Todavía tienes el tupé de negar, siendo que te agarré con las manos en la masa — vociferó la campesina indignada.

escondite hasta la noche.

HASTA LA NOCHE

Demetrio no le dijo para quién vino a buscar los huevos, para no poner en apuro a su compañero. Salió del gallinero cabizbajo. ¿Cómo iba a ir por las calles sin pantalón? Si llegara a verlo alguien, el chico se convertiría en el hazmerreír de toda la aldea... El muchacho salió a la huerta y, escondiéndose entre los altos tallos de los girasoles, llegó hasta el corral de sus padres, donde se escondió entre la paja. Acostado allí, decía para sus dentros:

—Si no llega a ocurrírsele a Basilio venir a buscarme acá, tendré que permanecer en este

Entretanto su amigo sacó del pescuezo del perro la camisa, con la que se atavió, muy contento. Luego se puso a esperar a Demetrio, que no aparecía lo que asombró mucho al chico.

Pasó un largo rato sin que viniera el muchacho. Con el tiempo se calmó el dolor que Basilio experimentaba en la espalda. Entonces el pequeño campesino se dirigió a casa de su amiguito, donde preguntó a



la madre de aquél:

—¿Dónde está Demetrio?

—No sé — fué la respuesta. — Al salir esta mañana, dijo que iba a tu casa.

Basilio se alejó, devanándose los sesos acerca de lo que pudo haber sucedido a su camarada.

Llegó, pensativo, a su casa. Al ver allí el pantalón de Demetrio, comprendió todo y una gran compasión hacia el amigo se apoderó de su alma. Miró a la madre que, con aire huraño, se entregaba a la tarea de preparar la comida.

—Mamá — dijo con tono suplicante. Permíteme que lleve el pantalón a Demetrio.

—No — contestó la mujer —, malhumorada.

Seguro de que no iba a conseguir nada, por vía legal, el chico se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? — preguntóle la madre.

—Al jardín.

—Vuelve pronto para almorzar.

—En seguida.

Basilio corrió a la huerta, donde llamó en voz alta:

—Demetro... Demetrio...

ENTRE LA PAJA

No obtuvo ninguna respuesta. El muchacho paseó su mirada triste alrededor suyo y... notó las pisadas de su amigo que lo condujeron hasta el corral. Sumamente contento, Basilio se dirigió allí.

—Demetrio! — gritó.

—Acá estoy — contestó el otro sacando la cabeza del montón de paja.

—Sal de ahí.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque estoy sin pantalón.

—Es cierto... ¿Qué hacemos?

—Dame tu pantalón y escóndete en mi lugar entre la paja. Me pondré tu pantalón; iré corriendo a mi casa donde me cambiaré y luego te traeré de vuelta tu prenda.

—Convenido.

Al cabo de un rato Demetrio volvió al corral, con su pantalón puesto y dijo a Basilio, entregándole el suyo:

—Vístete rápido y vamos a bañarnos. Ya perdimos mucho tiempo en balde.

LOS PROYECTOS

—¿Por qué camino iremos al río? — preguntó su amigo.

—Por el que va junto al jardín de Anisia, para que le dé rabia... Se cree que, al quitarte la camisa, te privó de la posibilidad de salir; ahora que se embrome, la malvada.

Al pasar frente a la casucha de Anisia, los muchachos echaron una ojeada por la ventana y vieron a la dueña sentada a la mesa y comiendo manzanas.

—Qué cómoda — murmuró Basilio, descontento —. Ahora que arrancamos las manzanas del árbol, ella se las está comiendo.

—No te hagas mala sangre, replicó Demetrio, para consolarlo —. En cuanto lleguemos a ser aviadores vamos a llevar en aeroplano a todos los chicos, los hombres y las mujeres de la aldea, menos a Anisia.

—Al contrario — exclamó con energía el muchacho —. La levantaremos en el aire y desde allí la arrojaremos a la tierra.

—No vale la pena: a lo mejor se cae en la cabeza de alguien y lo mata. Mejor que viva envidiando siempre a los que vuelan por las nubes, sin poder hacerlo ella.

Conversando de esta suerte los chicos llegaron hasta el río, y después de haberse desnudado en un abrir y cerrar de ojos, se sumergieron en las aguas cristalinas.

El sol radiante, reverberaba en la superficie del río, reflejándose en las gotas de agua con que se salpicaban mutuamente los amiguitos, riendo a carcajadas.

Dichosos aviadores...

Ilustró H. Rodríguez

El primer pastel de manzanas

LA princesa estaba contemplando el manzano cuando he aquí que ¡pum! cayó una manzana a sus pies.

No se trataba de una manzana cualquiera, pues si así hubiese sido, no habría crecido allí; era una hermosa y dorada esperiega.

—¡Qué lástima! — dijo la princesa. — Ojalá no se haga ningún daño.

—Las otras manzanas me instigaron — dijo la manzana; — me dijeron que yo era muy cobarde y que tendría miedo de soltarme de mi tallo y dar un salto. Como usted ve, lo he hecho, y ahora lo lamento porque alguien quería comerme y no estoy madura para eso.

—Yo te ocultaré — replicó la princesa.

—¿Dónde? — preguntó la manzana.

—No sé — contestó la niña, — pero te esconderé en algún sitio donde nadie puede hallarte.

Dicho esto, la princesa se fué corriendo a su palacio en busca de algún lugar donde meter la manzana. Pero cada vez que la princesa abría algún cajón o armario para meterla, la manzana exclamaba:

—No; aquí no. Alguien me va a encontrar aquí.



La princesa recorrió todo el palacio, en busca de un lugar seguro donde meter la manzana; finalmente llegó a la cocina El cocinero estaba enrollando la masa con un palo de amasar, pues en ese instante estaba preparando un pastel con miel para la cena de la princesa. Esta seguía buscando un sitio donde ocultar la manzana, cuando el contenido de una de las ollas de plata que estaba en el fuego, comenzó a derramarse. El cocinero dejó la masa que estaba preparando, para ir y atender la olla que se derramaba. No bien dió vuelta el cocinero para atender la olla, la princesa agarró un poco de la masa y envolvió en ella la manzana.

—A nadie se le va a ocurrir buscarte allí — murmuró la princesa. Vió en seguida que se hallaba abierta la puerta de uno de los hornos, de donde el cocinero había sacado una bandeja de pastelitos y allí metió la manzana envuelta en harina, y se fué muy satisfecha.

Cuando se sentaron a la mesa, al ver el rey una cosa redonda que no sabía lo que era preguntó:

—¿Qué es esto?

—No sé, Majestad — respondió el criado. — El cocinero dijo que la encontró en el horno.

—Parece que fuera una bolsa de nieve asada — dijo el rey, — pero el olor es muy agradable. Dame un cuchillo y veremos qué es.

—Ten cuidado amado mío — dijo la reina; — no vaya a ser una bomba que nos haga volar a todos.

—No digas eso, hija mía, ¿por qué hemos de tener miedo?

Y al mismo tiempo que así se expresaba, de un solo tajo lo dividió en dos.

—Parece una manzana — exclamó el monarca, — pero no puede ser, porque ¿cómo podría una manzana meterse allí dentro...?

—Papá — observó la princesa: — debe ser la manzana que yo tuve, no estaba bien madura y temía que se la fuesen a comer verde, pero tal vez ahora que está cocida no se le dé nada que se la coman. A mí me gustaría probar un pedazo.

Al día siguiente, cuando le preguntaron a la reina cuál era el menú que quería, dijo el rey:

—Dile al cocinero que le diga a la princesa que le enseñe a "esconder" algunas manzanas.

Y esa es la manera, según se cuenta, en que se comenzó a hacer pastel de manzana.

PUZZLE PARA NIÑOS

TRES CABEZAS OCULTAS

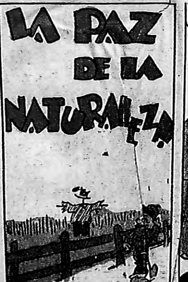
LO QUE SE VE no parece que fuera una escena de caza en los bosques africanos. Pero, si se busca con cuidado, se encontrará muy bien disimulados, la cabeza de un león, un pájaro y un venado. ¿Los encontrarás, lector amable?

PUZZLE PARA NIÑOS

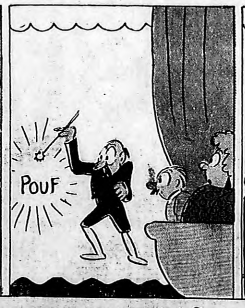


TRES CABEZAS OCULTAS

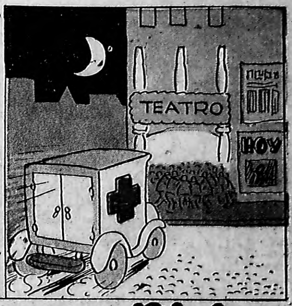
UN ASPECTO de la selva africana. Se pueden ver claramente un elefante y un cocodrilo, pero ocultas en el follaje están las cabezas de un rinoceronte, una girafa y la cara de una niña que los observa. Hay que buscarlos, pibes!











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN por Dirks





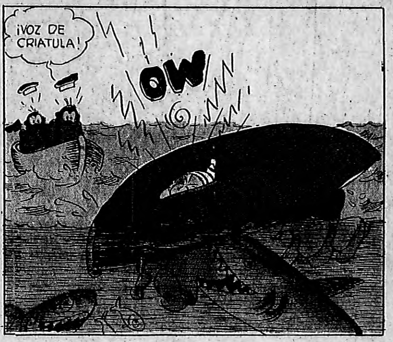


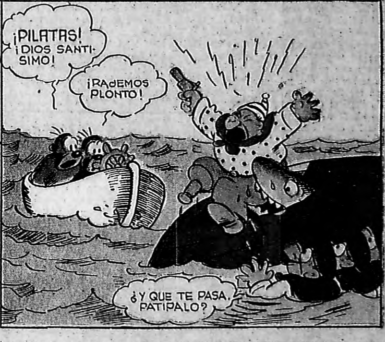














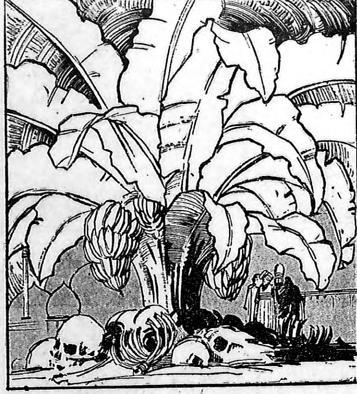




HISTORIA DEL SULTA
Y DE LA TOR

De Cómo Alá
el Ruego de
Permitió que
el Monarca c

A C



El sultán no construyó su palacio según las indicaciones del adivino. Por ello el palacio no era de oro. El intendente supo interpretar las palabras del adivino y plantó en los jardines un plátano, el cual dió frutos de oro. Como el sultán había ordenado la muerte del adivino, pronto el arrepentimiento lo atormentó

(Continuación y final del número anterior)

UNA vez era un gran sultán. Tenía un adivino cuyas predicciones se habían realizado siempre, por lo cual gozaba del mayor favor del sultán. El sultán regía ya desde hacía mucho tiempo, cuando un día se vino abajo su palacio. Entonces quiso edificar un palacio nuevo. Hizo llamar al adivino. El adivino vino en seguida. Postróse ante el sultán. El sultán le dijo: — Te hice llamar porque quiero construir un nuevo palacio. Tienes que averiguar qué día será el más favorable para la edificación de la casa. — El adivino dijo:— Señor, construye tu casa a mediodía del martes, pues sabe que cualquiera que edifique su casa en ese momento la tendrá de oro; lo que sea plantado en ese tiempo dará frutos de oro. — Entonces el adivino se volvió a su casa. El sultán esperó hasta el martes. Como éste era el tiempo determinado por el adivino, el sultán hizo entonces erigir su casa. Estaba en pie hacía ya algún tiempo y el sultán esperaba que se cumpliera la profecía, pues el adivino había dicho: la casa será de oro cuando esté edificada. El sultán esperaba y esperaba, pero las palabras del adivino no se realizaban. Entonces dijo el sultán: — Las palabras del adivino no se han realizado, por lo tanto, es un embustero. E hizo que lo degollaran. Algunos días después de la muerte del adivino, dirigióse el intendente de los jardineros al palacio para cumplimentar al sultán y ofrecerle un presente. Quería ofrecerle un plátano de oro. Penetró, pues, en el palacio, dirigióse donde estaba el sultán y le presentó el fruto. Cuando el sultán vió el plátano quedó extremadamente sorprendido, pues era la primera vez en su vida que veía un fruto semejante. El sultán dijo: — Intendente, ¿de dónde viene ese maravilloso fruto? Por primera vez en mi vida ven mis ojos un plátano de oro. — El intendente: — Señor, todos mis respetos son para vos. Sí, éste es el fruto de un platanero que he plantado en martes. Señor, cuando hicísteis llamar al adivino estaba yo cerca. Vos preguntasteis: Adivino, ¿qué día será el más favorable para la edificación de un palacio? El respondió: El martes, pues cualquiera que edifique su casa en ese tiempo la hará de oro, y lo que es plantado en ese tiempo dará frutos de oro. Cuando llegó el día determinado por el adivino planté a mediodía un platanero, y ahora ha dado este fruto de oro. — El sultán: — Intendente, ¿por qué no se ha vuelto de oro mi palacio?. — El intendente: — Señor, procede de esto. No se tuvo en cuenta la hora que había determinado el adivino. El había dicho: Erigid el palacio un martes a mediodía. Mas cuando estuvo construído, el sol había pasado ya del mediodía. Por eso el palacio no se convirtió en oro. — El sultán: — Ahora me arrepiento de haber matado al adivino. Era un hombre excelente. Fuí su asesino por no haber hecho averiguar el asunto suficientemente.

El arrepentimiento

La historia vuelve ahora a Muhalike.

Muhalike dijo: — Ya has oído mensajero: que porque no se había oído a aquel hombre, se cometió un asesinato en su persona, y que el sultán se arrepintió amargamente de haber tenido que ser su asesino. Por eso yo te digo: vuelve a llevar los portadores de buyo al sultán y que sean oídos antes. Una vez que esto haya sido hecho y se haya demostrado que merecen la muerte, entonces vuelve a traérmelos y los mataré.

Maemuru se alejó y fué con los portadores de buyo junto al segundo verdugo Mukatile.

Cuando hubo llegado a su aldea, se dirigió derechamente a casa de Mukatile, y también lo encontró en ella.

Mukatile dijo: — Mensajero, ¿qué deseas y por qué vienes a mí? Antes de ahora no estuviste aquí nunca y ahora me traes encadenados a los portadores de buyo del sultán. Sin embargo, son sus favoritos.

Maemuru:—El sultán me envía junto a ti y desea que ejecutes a estos hombres encadenados.

Mukatile: — ¿Qué delito han cometido? ¿En qué han delinquido?

El mensajero: — El sultán tiene un amigo un comerciante; éstos han ido a su mujer y querían abusar de ella.

Mukatile: — ¿Se han hecho averiguaciones sobre el caso? ¿No se les ha oído?

El mensajero: — No.

Mukatile: — No quiero ajusticiarlos antes de que sea hecha una averiguación y hayan sido oídos. Pues de un lado temo a Alá, el justiciero, y de otro, quizá el sultán se arrepienta, pues sé que los portadores de buyo son sus favoritos. Mensajero, quiero contarte una historia.

Y el verdugo le contó a Maemuru la historia siguiente:

—Una vez era un sultán que tenía una hija que se llamaba Sitti Maemuna. Poseía una cacatúa, a la que quería mucho. Sólo comía lo que le daba su dueña ytambién le tenía a Sitti Maemuna mucho cariño. Y se portaba completamente como una persona. Todas las frutas que lograba coger se las traía a su señora, aun cuando la estación no fuera completamente propia para ellas. Siempre procedía así, y también por eso Sitti Maemuna le tenía cariño. Un día la cacatúa Danga le trajo a Sitti Maemuna un fruto del árbol Sadjeratulemalahate. Sitti Maemuna, dijo: — ¿Qué me traes ahí, Danga? — Danga: — Señora, lo que os traigo es un fruto del árbol Sadjeratulemalahate. — Sitti Maemura. — ¿Cómo sabe eso, Danga? — Danga: — Señora: Dulce, refrescante y aceitoso. — Sitti Maemuna: — Danga, ¿qué utilidad tiene? ¿Qué efectos produce? — Danga: — Estos son sus efectos: tan pronto como un enfermo come de él, se siente sano de nuevo. Si tiene picores u otra enfermedad de la piel, si vino al mundo con miembros retorcidos, si es cojo o tiene algún otro defecto, tan pronto como prueba este fruto, está curado por completo. Además, si come de él un hombre feo, se convierte en hermoso; si hay alguien que esté en prisión con cadenas y se le da de él, recobra su libertad al momento. — Entonces, pensó para sí Sitti Maemuna: — Acaso será mejor que no coma ahora este fruto sino que lo plante en tierra; cuando la nueva planta dé fruto, entonces podré comerlo.

Plantó la fruta

Y así lo hizo. Sitti Maemuna plantó la fruta; al cabo de algún tiempo creció una nueva planta, y dió fruto poco después. Sitti Maemuna ordenó a una sierva que lo cogiera y se lo llevara. La sierva le llevó la fruta. Sitti Maemuna la tomó en la mano y la consideró atentamente. Entonces se deslizó una idea en su alma, y le dijo a la sierva:—Dale esta fruta a una gallina; creo que es venenosa. Para averiguarlo, quiero dársela a comer a una gallina. Si la gallina no se muere, entonces también yo comeré estas frutas. — La fruta le fué arrojada a una gallina y, apenas la había engullido, cuando murió. Sitti Maemuna dijo: — Estuvo bien que le hubiéramos dado la fruta a una gallina. Ya sospechaba yo algo así, pues en mi vida he visto una fruta como esa. El árbol debe ser venenoso y Danga sólo me trajo la fruta para envenenarme. Quería mi muerte. — Y prosiguió Sitti Maemuna: —Esta bellaquería de Danga es demasiado criminal. Merece que la mate, ya que me quería producir la muerte. — Y Sitti Maemuna dió orden de matar a la cacatúa. Algún tiempo después fué perpetrado un robo en casa de un alto funcionario del sultán. Alguien observó la cosa, dió voces y fué perseguido el ladrón. Fué atrapado, arrestado, cargado de cadenas y llevado ante el sultán. Iba a pronunciarse contra él sentencia de muerte; pero entonces intervino Sitti Maemuna, y dijo: — Padre, no le hagas ejecutar. Ponle cadenas y amárralo al árbol venenoso. — Así se hizo. El ladrón fué cargado de cadenas, llevado al árbol venenoso y atado allí firme... Era justamente la época en que ... del árbol todos sus frutos; u... raban, otros estaban ya maduros y una gran masa de ellos estaban caídos en la tierra. Nadie osaba acercarse al árbol, pues lo tenían por venenoso y mucho menos hubiera osado nadie recoger una fruta. Cuando llegaron con el ladrón al árbol, lo ataron a él y lo dejaron solo. Vió todas las frutas caídas alrededor del árbol y percibió un grato y extraño aroma. Entonces anocheció. El ladrón tenía hambre y como no tenía otra cosa que comer, comió una fruta del árbol. Cuando la hubo consumido, aun no estaba harto: comió otras dos y aun varias más, hasta que por último se sintió satisfecho. Entonces amanecía. De pronto cayeron todas las cadenas del ladrón. Estaba libre y se dirigió hacia el palacio del sultán. El cual acababa de levantarse y se quedó asombrado al ver al ladrón; pero no le reconoció. El sultán:

—Hijo mío, ¿de dónde vienes y cómo se llama tu patria? — El ladrón: — Señor, ¿no me conocéis? — El sultán: — No, hijo mío. — El ladrón: — Soy el ladrón que fué atado ayer al árbol. — El sultán: — ¿Quién te puso en libertad? — El ladrón: — No lo sé, señor. — El sultán: — Pero, ¡qué cambiado estás! ¿Qué te ha ocurrido? Te has vuelto hermoso, hermoso y bien educado como un príncipe. — El ladrón: — No sé lo que

La mujer dijo: El portador de buyo dice la verdad. Sí, yo soy la mujer, yo soy la madre. Yo soy la mujer de quien dicen que había sido robada por un comerciante

Mientras hablaba Abe mali, el Sultán ni una sola vez había alzado los ojos. Mantenía siempre la cabeza caída y, recordando la serie de aventuras domésticas que había sufrido

me ha ocurrid sé que he comido de
la fruta del — El sultán: — Y,
sin embargo, e has muerto?. Las
frutas son v s. — El ladrón: —
¿Cómo podrí venenosas? — El sul-
tán — Sí; na se murió al darle
un fruto de bol. — El ladrón: —
Señor, deper esto: cuando el árbol
echa su pri fruta, la muerde una
serpiente y no queda detenido en
ella. La fr cogida y dada a la
gallina. Por murió la gallina, por el
veneno y n fruta. — Cuando Sitti
Maemuna o oído, derramó amar-
gas lágrim e arrepintió en su co-
razón de hecho matar a la caca-
túa sin veriguado la cosa pri-
mero.

E otro verdugo

La hi uelve a Mukatile.
Muka dijo al mensajero del
sultán:
—Ya ído la historia. Vuelve a
llevart portadores de buyo para
que s os primero. Una vez que
hayan ídos desde el principio al
fín, e vuelve a traérmelos para
que l te. Eran los favoritos del
sultán ría arrepentirse.
Ma se despidió y se dirigió con
los p s de buyo al tercer verdu-
go, Cuando hubo llegado a su

aldea, fué derechamente a casa de Mutaine. Estaba presente. Mutaine dijo:— ¡Ah! ¡Sois vos, mensajero?

El mensajero: — Sí.

Mutaine: — ¿Qué deseáis? ¿Qué comisión me traéis?

El mensajero: — El sultán me ordenó que os trajera estos portadores de buyo. Desea que sean ejecutados.

Mutaine: — ¿Por qué dió esa orden, ya que, en cuanto yo sé, eran sus favoritos?

El mensajero: — Cometieron un crimen que merece la muerte.

Mutaine: — ¿En qué han delinquido?

El mensajero: — El sultán tiene un amigo y éstos han ido a su mujer y han querido deshonrarla. Por eso el sultán dió la orden de matarlos.

Mutaine: — ¿Fué averiguado el asunto? ¿Han sido oídos?

El mensajero: — No.

No quiero ejecutarlos

Mutaine: — Pues, entonces, no quiero ejecutarlos, pues temo a Alá, el justiciero, y, por otra parte, quizá al fin se arrepienta el sultán. Mensajero, quiero contarte una historia.

Mutaine refirió la historia siguiente: Escúchame, mensajero. Una vez era un comerciante prodigiosamente rico. Tenía un perro que le era muy querido, pues



N INDYLAI ...OLA.

...Justo, Oyó ... Tórtola y ...e Reuniera ...n su Familia



El fiel perro del comerciante vengó la honra de su amo. Corrió hacia el dormitorio y mordió tan ferozmente al galán en el cuello que lo dejó muerto. Lo mismo hizo con la mujer



El verdugo se negaba a ajusticiar a los condenados, sin que antes se averiguaran los hechos debidamente

...e portaba lo mismo que un ... Si había que traer algo o ir ...na cosa, ...n seguida estaba el ...í, y también se le podía em... toda suerte de trabajo. Por ...rciante le tenía cada día más ... ocurrió entonces que el co...nía que partir un día en un ... había nadie en su casa de ...a fiar para que durante su au...ara a su mujer. Pues por mu...res que tenía, en ninguno ...nza y ninguno era propio ...er a su esposa. Esta era so...hermosa y muchos tenían los ...s en ella. Ya antes, en época ...ior a su matrimonio, había poseído una figura hermosa, espléndida y atrayente y, ahora, que había recibido como a esposo a un hombre tan rico, mostrábase aún con mayor magnificencia. Todo lo que llevaba sobre su cuerpo era extremadamente precioso: oro, diamantes, esmeraldas y perlas. Los usaba a diario y con ello crecían sus encantos. Las gentes cuchicheaban: — Deja que el comerciante esté en viaje y entonces ya iremos a reclamar nuestra parte de su belleza. Esto entristecía mucho al comerciante. Un día descansaba sobre sus cojines y junto a él estaba echado el perro. Entonces el comerciante le miró a los ojos y dijo: — "Mariyo", tienes el deber de guardar a tu señora, ¿no es verdad? Mira, estoy muy intranquilo a causa de mi viaje, pues no puedo encontrar a nadie que durante mi ausencia pueda proteger y defender a tu señora como yo lo haría y temo que esto dañe mi honor. El perro comprendió lo que decía el comerciante y asintió a ello. Este se tranquilizó, hizo todos los preparativos, fué a bordo de su navío y partió de viaje. No hacía aún mucho tiempo que estaba ausente, cuando un hombre se acercó a la mujer del comerciante. Su propósito era honesto y, sin embargo, llegó a la meta de sus deseos. El perro quedó profundamente apenado por ello, ya que su señor se había fiado de él y pensaba entre sí: — Cuando regrese mi señor, me matará en seguida, pues no hubiera partido de viaje si no hubiera confiado en que yo guardaría a su mujer, y ahora vino ese bribón y yo no he sido capaz de proteger y salvar el honor de mi amo.

Al cabo de algún tiempo regresó el comerciante. Habían sido favorables sus negocios y le habían producido una hermosa ganancia. Se alegraba de regresar, por ello, y lo aceleró cuanto le fué posible. Un día por la tarde entró en el puerto el navío y echó anclas. La mujer del comerciante no tenía sospecha alguna y, según su costumbre de todo este tiempo, hizo llamar al amante con quien solía pasar las noches. Pero aquel día lo hizo llamar ya por la tarde. Vino en seguida, pues no tenía sospecha del regreso del comerciante. Sólo el perro sabía que su señor estaba de vuelta y que había anclado el navío en el puerto. Pero el comerciante no desembarcó en seguida, sino que pensó: — Mañana, al amanecer, me trasladaré a tierra. — Al romper el día, empaquetó sus efectos, y desembarcó y se dirigió a su casa. Cuando estaba delante de la puerta, el perro notó que había venido su señor; corrió al dormitorio de la mujer del comerciante y de tal modo le mordió al galán en el cuello, que lo dejó muerto. La mujer, llena de espanto, huyó de la habitación; mas el perro corrió tras ella, le saltó encima y le destrozó la garganta. Cayó muerta al suelo, con la cabeza apoyada en el umbral. Entonces el comerciante entró en la casa. Vió que el perro había matado a mordiscos a la mujer, buscó al perro y le dió muerte. El comerciante se arrojó sobre el cadáver de su mujer, le abrazó por las rodillas y decía gimiendo: — Este perro fué un malvado. Lo crié, lo protegí y defendí durante largo tiempo, y ahora, en agradecimiento, me aniquiló mi dicha. — Rompió a llorar y se lamentaba de la pérdida de su esposa. Después miró en torno de sí, dió vueltas por toda la casa y, por último, llegó a su dormitorio. Entonces descubrió en el lecho aquel desconocido cadáver, que también tenía la garganta destrozada a mordiscos. Se dijo el comerciante: — Vamos, ya veo ahora por qué mató el perro a mi mujer. Había manchado mi honor, se había amancebado con este hombre, había cometido adulterio. Por eso también a él le destrozó la garganta. — Entonces el comerciante lloró más todavía, se lamentó y fué presa de amargos remordimientos por haber perdido a los dos: la mujer y al perro. Exclamó: — Mi perro era realmente un animal fiel. No averigüé el asunto y por eso llegué a convertirme en asesino. Mi perro defendía mi honor.

La precipitación

La historia vuelve ahora a Mutaine.

Mutaine dijo: — Mensajero, ya has oído cómo se hizo asesino el comerciante. Procedió con demasiada precipitación.— Y siguió diciendo: — Mensajero, por eso, vuelvo al sultán con los dos portadores de buyo. Que los oiga primero. Si realmente han cometido un crimen merecedor de muerte, entonces los ajusticiaré. Y además otra cosa. Todavía es posible que el sultán se arrepienta, pues eran sus favoritos predilectos.

El mensajero Maemuru regresó junto al sultán de Biladutasenipi; entró en el palacio y se postró ante el sultán. El sultán lo descubrió. El sultán le dijo:

—¿Por qué vuelves? ¿No han sido ejecutados los portadores de buyo?

El mensajero: — Señor y soberano: vuestro muy obediente siervo os saluda respetuosamente. Estuve en casa de los tres verdugos: en la de Muhalike, Mukatile y Mutaine. Dijeron los tres: — ¿Ha sido debidamente examinado el caso? — Yo les respondí: — No. — Entonces los tres me replicaron: — Antes de que el asunto sea averiguado y oídos los dos acusados, no los ajusticiaremos; y, por otra parte, acaso el sultán acabe por arrepentirse de haber dado esta orden, pues los portadores de buyo, como todo el mundo sabe, eran sus favoritos. — Además me dijeron los tres: — Vuelve con ellos para que el sultán los oiga primero. Una vez que esté hecho esto, si realmente merecen la muerte, entonces vuelve a traerlos y les quitaremos la vida. — Por eso estoy otra vez aquí, señor.

El sultan: — ¿Dónde están los portadores de buyo?

El mensajero: — Están aquí; los he traído conmigo.

El sultan: — Ya que es así, hazlos llamar, a fin de que sea averiguado el caso y se les tome declaración desde el principio al fin.

Fueron llevados los portadores de buyo, los hijos del pescador. El sultán convocó al consejo imperial y a los más altos dignatarios para realizar una averiguación suficiente.

Reuniéronse todos; estaban presentes las más altas cabezas del consejo y los portadores de buyo ante ellos. Entonces dijéronle al sultán los consejeros: — Nos parece que, si es posible, también debe ser traída la mujer del mercader.

El sultán hizo llamar a la mujer.

La mujer compareció.

El sultán: — Oíd ahora, desde el principio al fin, a los portadores de buyo.

Los consejeros

Los consejeros: — El sultán ordena que os oigamos, portadores de buyo. ¿Cuál fué la causa de que se os acuse de haber querido hacer violencia a la mujer del mercader?

Abeduledyumali: — Señores: quien eso afirma, miente. Acaso la ocasión sea la siguiente: habíamos ido a bordo para hacer la guardia. Mi hermano dormía. Ya muy tarde, cuando ya quería romper la mañana, lo desperté, pues me rendía el sueño. Entonces dijo mi hermano: — No quiero levantarme. Para mí no hay nada que signifique más que el sueño. ¿Qué puedo hacerle? — A pesar de eso, lo desperté otra vez; yo estaba demasiado cansado, pero no osaba dormirme, pues tenía miedo al sultán. Cuando volví a despertarlo otra vez, no logré otra cosa sino que se enojara. Le dije: — Hermano, no hagas eso. El sultán nos presta su confianza y nos dió este encargo, y por eso no quiero dormir, a no ser que haya alguien que me sustituya en la guardia. — Además le dije: — Hermano, tal como tú procedes sólo se portan las gentes villanas, y bien pudo creer que no lo somos; no, somos de noble ascendencia, tanto por parte de padre como de madre. La divinidad quiso humillarnos; por eso nos encontramos en esta posición. Y, además, tú precisamente has sido causa de que la ... nos acusara ante Alá y le rogara ... separara unos de otros. Llorabas ... querías jugar con las tortolitas. ...ces dijo nuestro padre: — ¿Por ...tas pidiendo las tórtolas? — Pero ... callabas, y entonces nuestro pad... pó al árbol y te bajó los polluelos. En aquel momento regresó la tórtola madre. Y en su dolor invocó a Alá, el altísimo, y le rogó que permitiera que padre, madre e hijos fuéramos separados unos de otros. Alá escuchó el ruego. El deseo fué realizado. Fuimos separados. A nosotros dos nos arrebató el pescador; un tercer miembro de la familia fué raptado por un comerciante y el cuarto vaga perdido por el mundo; nadie sabe adónde ha ido a dar, si vive aún o si está muerto.

Los consejeros: — ¿Quién fué arrebatado por el pescador? ¿Quién fué raptado por el comerciante? ¿Quién vaga perdido por el mundo?

Abeduledyumali: — Un pescador nos robó a nosotros, los dos hermanos; el comerciante arrebató a la madre, y el padre vaga perdido por el mundo. Nadie sabe qué ha sido de él: si vive aún o si está muerto. Esto, señores, se lo refería yo a mi hermano, y entonces salió a nuestro encuentro la mujer del mercader; nos abrazó, llorando y gritando.

No alzaba los ojos

Mientras hablaba Abeduledyumali, el sultán ni una sola vez había alzado los ojos. Mantenía siempre la cabeza caída hacia el suelo y lloraba silenciosamente.

Cuando hubo acabado Abeduledyumali, dijeron los consejeros: — En vista de esta declaración queremos carearos con la mujer del comerciante. Fué hecho así.

Los consejeros dijeron a la mujer: — Te interrogamos para saber si es verdad lo que ha dicho el portador de buyo. ¿Eres tú la mujer que, como ellos afirman, salió junto a ellos y los abrazó?

La mujer: — El portador de buyo dice verdad. Sí, yo soy la mujer; yo soy su madre. Yo soy la mujer de quien dijo que había sido robada por un comerciante.

Entonces el sultán alzó la vista repentinamente, corrió hacia ellos y los abrazó, a la esposa y a los hijos. Y lloraron todos reunidos: el marido, la mujer y los hijos.

El sultán exclamó: — Yo soy vuestro padre. Pues aquél de quien dijisteis que vagaba perdido por el mundo, soy yo.

De este modo Alá, el justo, los reunió otra vez, por haber oído el segundo ruego de la tórtola. El padre, la madre y los hijos celebraron con júbilo su feliz encuentro. Durante mucho tiempo tuvo el sultán el cetro; después hizo proclamar a su hijo mayor, a Abeduledyumali; fué su sucesor en la soberanía del imperio de Biladutasenipi. Abeduledyulali fué proclamado sumo sacerdote. El padre no quería ya gobernar. Era demasiado viejo.

Aquí termina la historia de la tórtola y del sultán Indyilai.

Quiera Alá, el altísimo, que todos los que lean esta historia o la oigan referir, obtengan de ella el debido provecho. La tórtola no era precisamente una tórtola vulgar; era un santo. Se había convertido en tórtola para imponer al sultán Indyilai esta prueba; pues había observado que el sultán no realizaría la misión que Alá, el altísimo, le había asignado, si él, el santo, no lo sometía a esta prueba. Por esto se había dejado aprisionar en forma de tórtola.

Intaha, se ha acabado.



El intendente del palacio real quería cumplimentar a su soberano, y le hizo presentar por un sirviente un plátano de oro. El rey lo miró asombradísimo

Resumen de lo publicado en el número anterior

El sultán Yndilai paseaba un día por sus jardines, cuando vió una tórtola. La hirió de gravedad y cuando los siervos se la trajeron quería matarla. Habló la tórtola pidiendo por su vida, y en cambio de ello le dió tres razones al sultán Yndilai. Al darle la última razón la tórtola se burló del soberano. Poco después, sin que jamás se lo explicara el sultán, fué desposeído de su reino. Abandonó su país. Al cruzar un río, como sólo tenía una embarcación, primero pasó a su esposa y dejó los dos hijos en la otra orilla. Cuando regresaba en busca de ellos no los halló; habían sido robados.

Lo mismo le pasó con la esposa, que le fué robada por un comerciante. Vagaba por el país extranjero, que estaba sin rey. El sucesor tenía que ser elegido por un elefante. Un día en el bosque el elefante encontró a Yndilai y lo llevó a la capital. De esta manera Yndilai se convirtió en soberano justo y afable del país de Biladutasenipi. Los raptores de los hijos de Yndilai y de su esposa llegaron a la capital para conocer a tan justo monarca, y el pescador que había robado a los príncipes se los dejó en custodia. Estos se transformaron en los portadores de buyo del rey, cargo muy alto y lleno de dignidad. El comerciante, después de la visita al rey, se quedó como huésped de aquél. El rey envió a los portadores de buyo al navío del comerciante para que cuidaran a la esposa de su visitante. De esta manera la sultana pudo abrazar a sus hijos perdidos. Se produjo una gran algazara en el navío y los marineros creyeron que los portadores de buyo intentaban matar a su señora. Y por ello fueron condenados a ser ajusticiados. La historia termina en este número.

La HISTORIA del MONO

UNA mujer tuvo una vez un hijo que era un mono. Este, cuando fué mayor, le dijo a su madre: Madre, ten la bondad de sacarme siempre una estera delante de casa, para que me siente fuera y tome el sol.

La madre le respondió, diciendo: Está bien, hijo mío...

casarme con él. Yo, no; entiéndelo bien. Pero pregúntale a mis otras hermanas más jóvenes si quiere alguna de ellas. Somos nueve hermanas.

La madre preguntó a las otras doncellas. Sólo consintió la más joven.

Cuando la más joven hubo dado el sí, regresó a su casa...

...ces vió la princesa que era un príncipe resplandeciente. Después del baño, el mono pronunció un canto sobre sus vestidos, diciendo:

—¡Sus, ya! Mis pobres harapos; ... ropajes de la princesa, trocaos en ...

los; en primer lugar, porque el mono parecía tan cambiado, y después, porque traían adornos tan hermosos. El rey le dijo al moño: Señor mono, ¿cuándo debe celebrarse la boda?

Respondió el mono: Pasado mañana, señor rey, porque antes quiero procurarme una casa.

El mono volvió a sus encantamientos, y dijo:

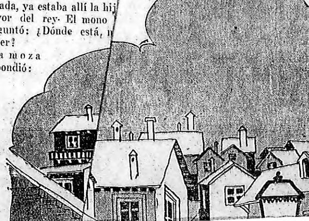
—¡Sus, ya! Mi vieja casita, conviértete en una nueva, llena de muebles y ropas, más hermosa que la regia.

Inmediatamente se realizó el encanto. Al tercer día se celebraron con todo esplendor las bodas.

Después de esto, díjole al ...

seguida cogió a su mujer, la escondió en una canasta y se dirigió a su casa. A su llegada, ya estaba allí la hija mayor del rey. El mono le preguntó: ¿Dónde está, mi mujer?

La moza respondió:



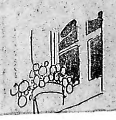
Entonces el mono fué al rey, y le preguntó: ¿Es realmente mi esposa la mujer que encuentro en mi casa?

El rey le respondió: ¡Sí!

El mono le dijo otra vez al rey: Pero, ¿es realmente la misma?

El rey replicó: Si no lo es, entonces yo, mi mujer y las otras hermanas de tu esposa,

Etonces el mono hizo abrir la canasta donde había escondido a su esposa. La princesa salió de ella y se presentó ante los reyes y sus



* *

Ocurrió cierto ...e la hija del rey, ...a ba... pasó ...el lugar ...estaba ...el mo...te pen...ué ocu...i se ca... prin...nmigo?

PAGINA DETERIORADA



...enemigo del matrimonio y de los maridos modelos, ha querido burlarse haciendo ocho errores intencionales. Puede encontrarlos?



BUSQUE UN HOMBRE, UN PERRO Y UN GATO



Este pescador solitario y afortunado, pronto verá interrumpida su tranquilidad por la aparición de las cabezas de un hombre, un perro y un gato, que entre las sombras se han ocultado. Con atención es fácil encontrarlas, ¡búsquenlas!

Esta tutora, la ex actriz ambulante miss Edith Scales, vive ahora tranquilamente en Scarborough, Inglaterra. Impresionada por la triunfal visita de Chaplin a Londres ha querido recordar lo que sabía de los principios de la carrera artística del célebre actor y referirse a varios episodios divertidos que ocurrieron por el año 1904, cuando el ambicioso joven tenía 15 años.

"Conocí por primera vez a Charlie —dice miss Scales— cuando se contrató con la compañía ambulante que realizaba una jira por



Carlitos Chaplin, visto por el famoso dibujante Z. Czermanski, en varia... de las grandes escenas de "Luces de la Ciudad. Abajo: Carlitos junto a Bernard Shaw, ... grave una ovación que le tributa el público londinense

...fué posible consolarlo hasta que comenzó el segundo acto, durante el cual se le permitió representar en sus dos papeles.

"Aun cuando tenía quince años, Chaplin era un buen hombre de negocios", manifiesta su ex tutora. "Para ganar mayor cantidad de dinero se había comprado una máquina fotográfica de cinco chelines y durante sus horas libres vagabundeaba buscando especialmente los grupos de obreros para tomarles y venderles sus fotografías. El mismo desarrollaba las películas y les cobraba a sus clientes de tres a seis

...morían de risa, pero de improviso el entusiasmo decayó un poco cuando Charlie

...tiempos era sumamente inteligente. Merece el éxito que ha obtenido en la vida".

PUZZLE PARA NIÑOS



Hallará un Caballo, un Perro y un Gato

JUNTO a este aldeanito y su barrilete hay tres cabezas ocultas. Son las de un gato, un perro y un caballo. Si se ayudan con algunas sombras, podrán encontrarlas fácilmente

UN NIÑO SANO Y CONTENTO ES LA MAS PRECIOSA JOYA DE TODA MADRE. LA MAS PURA FELICIDAD DE TODO HOGAR

JARABE NEGRI

En Venta En Toda Buena Farmacia

Señora: Cuide a sus niños celosamente; no desatienda en ellos ni los más leves accesos de tos, que pueden ser origen y causa de enfermedades pulmonares y a la garganta, que, descuidadas, acarrean complicaciones fatales. Tenga siempre a mano, en previsión de ello JARABE NEGRI — en venta en todas las farmacias del país — que no es un medicamento nuevo, sometido a experimentos y pruebas, sino que goza de fama mundial desde hace más de 30 años, consagrado por las eminencias médicas como insustituible jarabe contra la tos en los niños — aun contra la más violenta tos convulsa — y a la vez, de efectos tónicos maravillosos. El JARABE NEGRI es el más eficaz guardián de la salud de los niños y les permite criarse sanos y contentos.

Preparada por los Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la DROGUERIA DE LA ESTRELLA LTDA.
Rivadavia 1501 — Buenos Aires

